

A. A. O.
que hacía pletta
junto al fuego
trenzando espantos
y creaba magníficas espuestas

LA PROMESA DEL MANUSCRITO

El periquito gorgoriteaba desde un tentáculo de la lámpara de pulpo del comedor. Esto me recordaba la frase favorita de un compañero de estudios cuando se aproximaban los exámenes: "Estoy más colgado que un perico." Así podía resumir mi situación. Había terminado la carrera pero no conseguía encontrar trabajo. Eran semanas de buscar en los periódicos, patear calles, rellenar currículos, pasar pruebas psicotécnicas y escuchar palabras de esperanza, que se difuminaba con el paso de los días.

No tenía dinero ni para comprar el alpiste del pájaro. Lo había sacado de su jaula para que sobreviviiera cazando insectos o picoteando las migajas que quedaban esparcidas en la mesa.

Aquella mañana acababa de mojar uno de los cuernos del croissant en el café con leche, cuando mis ojos se quedaron enganchados en un pequeño recuadro de la sección "Pequeños anuncios":

"URGENTE.

Se buscan lectores de libros. Se paga por ejemplar leído o por horas. El trabajo se realizará en la biblioteca de la Juan de la Cuesta, 7. Ciudad."

Aparté el periódico y me quedé mirando, incrédulo, el asta atrofiada. De golpe, ésta se desprendió en plena taza y me puso perdida la única camisa que tenía: la camisa blanca de buscar trabajo. Aun así, decidí acudir con mis lamparitas intentando salir del túnel en que me hallaba.

A toda prisa me encaminé a la dirección indicada, con una carta de mi padre en el bolsillo de la chaqueta en la que me comunicaba que la vaca se había muerto. ¿Esta muerte tenía un significado físico o metafórico? No daba detalles.

Entré en uno de esos bloques uniformes, metálicos y acristalados que van engastando en las calles del casco antiguo. En los espejos de su fachada se veía, reflejada, la imagen troceada de un edificio modernista que aún resistía.

En una cámara frigorífica de acero inoxidable ascendí, en el umbral de la congelación, hasta el duodécimo piso. Llamé a la puerta 12-M. Me abrió un tipo vestido de gris de arriba abajo.

--Buenas, me llamo Andrés Iniesta, y vengo por lo del anuncio --me presenté.

--Pase --respondió el hombre de pelo gris.

Era una oficina de las que se alquilan por semanas, decorada funcionalmente: vinilo abundante, moqueta de poliéster en suelos y paredes, cuadros de serie, una mesa y un teléfono. Aunque suponía que aquellas cajas de bombones de cacahuete no venían todavía con personal dentro, aquel tipo parecía formar parte del conjunto.

El hombre del traje gris plantó una silla delante de la mesa.